

Bichito de monte

Malena Petroli Trocello

El paso de la tarde lo encontró descalzo con las pupilas revestidas
de ámbar
como el color de la peste
y los chañares sonámbulos, poseídos
desgarraban uno a uno
los adornos del cielo.
Vagando mentalmente por su diminuto cuerpo recorriéndolo
cansado
se incorporó, deseando que de sí brotasen alas y se vio cubierto de
plumajes ajenos
de ropajes pestilentes.
Quiso entonces
refugiarse en la profundidad de la tierra, allá donde las
estalactitas del hambre no lo descubrieran pero en lo estéril de
aquel manto afuerino no encontró forma de enterrarse.
Miró hacia donde asomaban los calores, las llamaradas de lo
ávido,
y supo que en todo aquel estupor
ni el frío encontraría el camino hacia su pelaje hacia su cuna de
hierbas
sus muñequitos de paja, sus sueños de mistol.
La voracidad de un extraño
reclamaba para sí todos
todos los colores
que lo dejaban guiarse por el mundo
y no recordó cómo alguna vez pudo moverse o pensar
sin que la sangre lo cueza.
Arrullado por sonatas que no entendía
(quién las cantaba, por qué dolían)
por qué renegaban de todo a su paso
y teñían todo de ese polvillo denso, insufrible que hizo escapar
hasta el agua de las cuencas hasta los seres sumarios del tiempo.

Cuando el calor le alcanzó la espalda
sabiéndose presa desnuda
regurgitó su aliento
como una ofrenda a aquel extraño armado de ámbar aquel alado de
ceniza.
Y se dejó arrullar calmado
por el fuego
para volver al abrigo de las espinas
a lo sereno del agua,
allí donde el viento no le cierre las pestañas y el abrazo de las hojas
secas
las caricias elementales
ya no duelan.